

## MIS RECUERDOS PERSONALES

La Académica secretaria de ésta de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Srta. Esperanza Pedraza, me llamó hace unos días por teléfono, para darme cuenta de este proyectado homenaje a Marañón, y el acuerdo de que los médicos que tenemos el honor, por mi parte inmerecido, de forma parte de ella, pronunciaríamos unas breves palabras en él.

No sería necesario ser médico para esta designación. Lo mismo podrían hacerlo literatos, sociólogos, humanistas, Políticos (con mayúscula), o historiadores, pues fue una personalidad imposible de encasillar en un sólo compartimento, una personalidad tan fuerte como revelaba su membrete: *G. Marañón*; sin título alguno; él que tantos tenía. Lo hago porque sé que su profesión médica era lo que él más estimaba; que se consideraba en primer lugar y por encima de todo médico.

Pero hablar de Marañón es comprometidísimo. Se necesitarían no unas cuartills y un día, sino un libro y muchos meses de trabajo para reflejar su personalidad, siquiera fuese parcialmente. Yo no puedo hacerlo. Me falta preparación y me sobran años.

Me voy a limitar, pues, a dar testimonio de mis relaciones personales con él, de cómo le vi. Es cosa que puedo hacer sin más que recurrir a mi memoria, dejando a un lado toda bibliografía y toda opinión ajena. Esto es, pues, una declaración de cómo vi al personaje lejano, al compañero, al amigo y al enfermo.

Cuando yo era un adolescente y luego médico joven y desde que Marañón compró el cigarral y pasaba en él los fines de semana, le veíamos todos los domingos en misa de 12, bien en Santo Tomé o en la Catedral. Era acompañado de su yerno Arazo o de Cardaña, figura familiar en aquellos domingos toledanos. Yo, sin edad ni título alguno para entablar relaciones con él, le veía distante y admiraba su figura prócer, de la que emanaba autoridad y al mismo tiempo confianza, simpatía y respeto.

Naturalmente, se hablaba mucho de él, sobre todo en corrillos de médicos. Por entonces apenas se le conocía más que como médico.

Si al comprar el cigarral y poner allí su casa, pensó en los archisabidos versos de Fray Luis:

“Dichoso el humilde estado

del sabio que se retira  
de aqueste mundo malvado  
y en el campo deleitoso,  
con pobre mesa y casa  
con sólo Dios se compasa  
y a solas su vida pasa  
ni envidiado ni envidioso”

no cabe duda que no tuvo éxito. La envidia era indudablemente el motor principal de las críticas.

Están conformes todos los clásicos de nuestra literatura en que la envidia, vicio universal, tiene en España su principal y mejor aliento. A mí me gustaría, tanto en ésta como en otras muchas faltas que nos atribuímos los españoles siendo universales, poder comparar nuestra envidia con la de otros países, no sea que en vez de ser el más envidioso, seamos un pueblo tan proclive a la autoacusación general, como reacio a la asunción de responsabilidades y tachas personales. Como la envidia se disimula siempre, el trabajo sería interminable y nos quedaríamos siempre en apreciaciones puramente subjetivas.

No quiero con esto negar la importancia de la envidia como motor principal de aquellas hipercríticas, dentelladas a cualquier punto vulnerable, chistes, alguno con gracia y por graciosos que, indudablemente inteligentes, no tienen valor para cambiar su envidia por emulación. Para eso habría de trabajarse duro y la envidia no suele ir sola; va muchas veces acompañada de la pereza.

Marañón se defendía como un gran clásico. “Hay que hacerse perdonar el éxito” le oí un día. Con suma elegancia no se daba por enterado de los ataques. Extremaba su cortesía y amabilidad. Hacía favores a los que sabía enemigos. Pero de nada vale ésto. Es cosa que sólo se extingue con la muerte del envidioso o del envidiado.

Fui médico y, ya plenamente lanzado al ejercicio profesional, tuve con él varias consultas. Siempre, con gran amabilidad, estaba dispuesto a sacrificar una hora de su descanso para atender al requerimiento de un enfermo y una familia angustiada, bien manifestado directamente bien a través de Cardena. Simplemente su entrada en la casa ejercía ya un efecto asombroso. Aquella familia tensa emocionalmente por la gravedad de su deudo, se relajaba. Cuando, después de oír la historia expuesta por el médico de cabecera, en-

traba a ver al enfermo, según se acercaba a él, viéndole la cara, se podría pensar que ya se había curado.

Sus consejos, después, (siempre se presentaba como un colaborador, nunca como Maestro o Jefe) eran expuestos con toda sencillez. De todas las consultas que yo tuve con él y de todas las que tuve noticias con otros médicos, se desprendieron siempre los mismos resultados: enfermo esperanzado y tranquilo, familia relajada o resignada, siempre convencida de que si había fracaso era de la Medicina, no de los médicos; la confianza en el de cabecera fortificada o restablecida. Un ejemplo de compañerismo.

Su cigarral, siempre abierto a todo acto social de Congreso, visita de personalidades, etc., fue un día, no recuerdo cuál ni con qué motivo, escenario de una recepción a la que asistimos un grupo de médicos toledanos. Estábamos en la gran terraza delante de la casa, la de la gran mesa redonda de piedra con reloj de sol reunidos por la afinidad y por la timidez. Allí sentados el tema de la conversación recayó sobre el tiempo. Cómo podía Marañón tener tiempo para una actividad profesional y social tan intensa y simultáneamente escribir libros de Medicina y de Historia, que ya por sí solos serían capaces de llenar toda la actividad de una persona. El, gran anfitrión, se sentó con nosotros un rato, y siguiendo lo que era tema de nuestra conversación, le preguntó el Dr. Pulido: ¿De dónde saca Vd. tiempo para tanta actividad? Porque yo no me explico como en días de 24 horas se puede tener la actividad clínica que Vd. tiene, estar presente en todo acto social relevante y, encima, escribir todo lo que Vd. escribe. A mí no me daría tiempo más que para una cosa. Es muy sencillo, le contestó. Vd. ¿no va ningún día a Madrid? Sí. Y ese día recibe sus enfermos. Va Vd. a Madrid y por muy poco que se entretenga allí, gasta Vd. 5 horas, y cuando vuelve, si ha habido alguna incidencia la resuelve Vd. Es muy sencillo: haga Vd. todos los días como si fuera de viaje. Lo resuelve Vd. todo y tiene 5 horas para otros trabajos y aunque le reste Vd. dos horas, para que su trabajo profesional sea más reposado, le quedan 3 horas en las que se pueden hacer muchas cosas.

Don Jorge Villarta, condiscípulo suyo, le preguntó: ¿Qué tiempo te costó escribir el Antonio Pérez? Esa es obra de varios años. Acopio de datos, confección de fichas. Poco a poco la obra se va estructurando en tu cabeza y cuando la ves completa, es cosa de ponerse a escribirla. Varios meses escribiendo todos los ratos

libres. Por cierto, durante estos meses en mi casa no se hablaba más que de Antonio Pérez. Un día, cuando ya estaba rematándola, con ánimo ya de acabar de una vez, me encerré en mi despacho diciendo antes: “pase lo que pase, llame quien llame, no estoy para nadie” “que no se me moleste”. No habían pasado dos horas cuando se presentó el criado:

“Señor: le llaman al teléfono

¿No he dicho que no estoy para nadie?

Señor, es que es Antonio Pérez

¿Eh? Efectivamente no era una llamada de ultratumba. Era un enfermo que se llamaba así y quería hablarme de un enfermo.

¿Y “el Diagnóstico etilógico? le preguntó don Jorge. Ah, esa es obra de toda la vida. La concebí siendo estudiante. Poco a poco, cuando leía algo que venía a cuento, cuando en una exploración o sesión clínica surgía algún dato de interés, fichas que venían a sumarse. En algún día varias; semanas enteras ninguna. Al cabo de los años repasas ese fichero y ves que allí hay un libro. Ya sólo es cosa de sentarse a escribir. En tan pocas palabras y tan sencillamente, en esa charla entre amigos, nos reveló el secreto de su fecundidad. Método, constancia, trabajo.

Una madrugada sonó el teléfono. Eran don Ramón Delgado, gran amigo suyo, el toledano de su mayor confianza. Le había llamado la Sra. de Marañón, que estaba alarmada por una alteración en su salud. Don Ramón quería que yo le acompañase como internista. Cuando llegamos ya no pudimos ver más que el susto que le dimos viéndonos allí a esas horas. Todo había pasado. Yo no había estado nunca en su alcoba. La cama junto a un balcón. ¡Qué bonita vista de Toledo con la luz del amanecer! Me dieron ganas de decirle: No sólo a la luz de poniente rendimos tributo los toledanos! Si nos despertásemos todos los días con esta visión seguro que también se la rendiríamos a la de levante. A los pies de la cama, una copia del retrato de Isabel Clara Eugenia. Le tranquilizamos con la negatividad de nuestra exploración. Sin embargo, la alarma de la señora no era infundada. De su relato deducíamos claramente que había tenido una crisis de las que los clínicos de hace 100 años calificaban de *Petit mal*. Primer síntoma ostensible de la encefalopatía arteriosclerótica que acabaría con su vida unos meses después.

Yo, ya no le volví a ver.